

DE CEMENTERIOS Y
SUS UTILIDADES
OCULTAS O
TANATO-
ESCATOLOGÍA
EN EL CAMINO

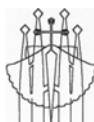
Ha sido ampliamente tratado el tema de los múltiples cementerios por delante de los cuales cruza el sufrido peregrino en su devenir. Algunos se incluyen directamente dentro del Patrimonio Cultural de sus pueblos, como el de Navarrete, cuya entrada es la fachada del antiguo Hospital de San Juan de Acre, trasladada aquí desde su ubicación original. Otros pertenecen al imaginario de sus pueblos, e incluyen leyendas más o menos divertidas, desde el punto de vista del humor negro, por supuesto; baste recordar la “calle forzosa” de Mañeru, que coincide con el Camino, llamada así porque todos los vecinos del pueblo la recorrerán un día u otro. O la inquietante advertencia que nos ve pasar a la puerta del cementerio de Los Arcos: “Yo que fui lo que tú eres, tú que serás lo que yo soy”.

Más de una vez, en mis peregrinaciones, he echado un vistazo a algún cementerio. Me gustan las muestras de respeto de

los vivos a los que se fueron, me gustan las artísticas lápidas o panteones que las familias notables de los sitios dedican a la Parca. Incluso el cementerio de Corzón, allá en el Camino a Fisterra, me salvó una vez de problemas gordos gracias a su grifo de agua en un tórrido mediodía de junio de hace unos años. Pero nunca imaginé otra posible utilidad que podrían tener los camposantos para el peregrino. Y a ello se refiere la historia que explicaré a continuación.

Es sabido que para el peregrino es complemento indispensable en su mochila un rollo de papel higiénico. El intestino peregrino, sometido a duras pruebas, especialmente desde la generalización de “menús del peregrino” de dudosa calidad y estado de conservación, a veces no avisa con la suficiente antelación como para llegar a un baño, así que nos vemos obligados a abonar los campos con nuestra propia materia. Pero, ¿qué ocurre cuando los arreones del cuerpo se presentan en un lugar humanizado aunque carente de baños? Siempre creí que esta horripilante situación no podía darse, pero...

A poco de iniciar el andadero rojo que asciende la ladera del monte Cantabria, entre polígonos nuevos. Queda poco para Logroño, pero una cosa es poco para las piernas y otra para el intestino grueso. Mientras voy subiendo noto las primeras muestras de hiperactividad abdominal, en forma



de tímidas molestias. A la altura de la casa de la señora Felisa, vacía, los retortijones ya son intensos, y una urgente sensación de pesadez me atenaza por debajo del ombligo. No puedo descargar en medio de ese barrio, mi pudor me impide llamar a una casa particular y solicitar un baño, y decido continuar a paso vivo.

Al llegar abajo, junto al cementerio, la cosa se está complicando. Calculo que me quedan unos buenos 20 minutos hasta llegar a la zona de bares de Logroño; ciudad que, como sabéis, en los primeros pasos no ofrece ningún tipo de hospitalidad intestinal al peregrino. Más cuanto que me han dicho que el albergue está cerrado.

Mientras gruesas gotas de sudor perlan mi frente, y camino como los japoneses para evitar una excesiva separación de las piernas, mi desesperado cerebro encuentra una lucecita. ¡El cementerio! Con sus enormes cipreses, el peregrino lo rodea antes de enfiar el puente de piedra. Entro en él y un enorme cartel muestra la presencia bendita de unos baños junto a la ermita, en el centro del mismo.

Creo que perderé la batalla con el apretón, pero me lanzo en la dirección señalada, mientras busco con la mirada un panteón grande que pueda esconderme de las miradas de las varias personas que se ven allí en esta mañana primaveral, pero no hay caso. Unas monjitas me dicen “Buen Camino,

peregrino”, pero no puedo detenerme, y apenas puedo responder “Gra-ccccccccciiiiiii-ssssssss” para que la entrada de aire en mis pulmones por el esfuerzo no agote el escaso espacio existente ya en mi cuerpo. Diviso la ermita, y espero que el cura o el sacristán no vean al peregrino de color violáceo que se dirige hacia allá... más que nada porque no empiecen a hacerme preguntas.

Con los ojos nublados, me arranco la mochila y la tiro en la puerta de los baños. Detrás van el cortavientos y la camiseta, que debo quitarme porque los pantalones llevan tirantes y los llevo por dentro. Los bastones, de cualquier manera sobre la pica y.....¡ufffffffffffffffffffffffffffff ffff! Con sólo unas décimas de segundo de margen, le he ganado esta batalla al Camino.

Un ratín más tarde, recojo mis pertenencias (parece que una pareja en pleno frenesí amatorio hubiera decidido utilizar los baños) y voy saliendo del cementerio. No sé si Santi se enfadaría si le doy las gracias por este inesperado recurso... prefiero no tentar a la suerte.

Pero, señores peregrinos: además de a los sobaos Martínez, a las pastillas de Avecrem y al patxarán de Linyola, juro que no volveré a tomarme el nombre de los cementerios en vano.

Krawill

